



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Para pasar de la desgracia a la felicidad

Exposición del Mensajero del Eterno

LOS hombres hablan mucho de verdad. Dicen que no hay nada tan precioso y que se alegran de defenderla; pero son pensamientos superficiales, porque en realidad no aman la verdad, y tan pronto como ésta les revela sus errores se retienen. Muchos se regocijan al oír sus primeros rudimentos; pero cuando ven a donde la verdad los lleva, dicen: "Examinaremos estas cosas mas tarde".

Cuando el apóstol Pablo habló de la resurrección al gobernador Festo, éste no pudo seguirlo en los oráculos de la verdad, y le respondió: "Tu gran saber te hace disparatar." Ocurre lo mismo actualmente; La verdad significa cosas verdaderas, y para que éstas puedan surtir su efecto en nosotros, es menester que pongamos nuestro egoísmo a un lado.

La verdad está en contradicción con nuestra mentalidad, y lo notamos muy bien cuando nos encontramos delante de las cosas verídicas. Entonces se cruzan una multitud de pensamientos en nuestro cerebro y no nos sentimos ya tan valientes para dejar obrar la verdad en nosotros, nos agradaría poder mezclar la pura doctrina de la verdad con cosas que cuadran mejor con nuestros hábitos e inclinaciones.

Apreciamos la verdad cuando nos parece ventajosa y estamos de acuerdo en adoptarla, pero cuando no concuerda con cosas que nos agradan y que no están en armonía con ella, entonces disminuye nuestro entusiasmo. Muchas personas aman la verdad cuando ésta dice que hay que partir; lo aprecian en el sentido de que les agrada que su prójimo parta con ellas, pero no les gusta la contrapartida mostrando que ellas también tienen que partir con otras. Les agradaría las ventajas de la verdad sin las obligaciones que acarrea.

A otros les agrada ser honrados, pero no que honren a sus hermanos, ni tampoco humillarse a su favor, para que sean ensalzados; no desean pagar por ellos para que sean restaurados en la gracia divina. Esto les parece a muchos demasiado duro.

Cada uno se siente feliz y contento de que el Señor se haya humillado por nosotros hasta la muerte de cruz, para que podamos ser elevados; pero cuando se trata de liberar a los demás y de elevarlos con nuestra humillación, entrando en lo vivo de la acción, entonces la verdad considerada bajo este ángulo no parece tan atrayente, y el entusiasmo disminuye.

Para algunos cesa precisamente su interés en el momento en que podría manifestarse en su corazón el maravilloso poder de acción de la verdad. Pues mientras hay algo que recibir,

una ventaja que sacar, la atracción existe, pero tan pronto como se pide dar a los demás, el impulso se detiene.

Podemos estar persuadidos de que si estableciéramos restaurantes en las grandes ciudades, donde cada uno pudiera venir a abastecerse, tendríamos al principio numerosos clientes, pero cuando los invitaríamos a poner también manos a la obra, entonces no tardaría en hacerse una selección y muchos se retirarían. No tendrían el valor de volverse a su vez altruistas y bienhechores, a pesar de haberse acercado de buenas a primeras a la verdad.

La verdad nos parece amable y poderosa mientras el circuito que sigue nos procura ventajas inmediatas, pero tan pronto como nos apercebimos de que para permanecer en este circuito es preciso a nuestra vez gastarnos a favor de otros, en ese momento la verdad nos parece menos amable y menos deseable.

Cuando es cuestión de amar a nuestros enemigos, de bendecir a los que nos maldicen y orar por los que nos persiguen, esto nos parece muy difícil, sobre todo cuando ya tenemos amargura en el corazón que nos hace sufrir. Sin embargo, es al realizar esta parte del circuito como obtenemos mayor bien y bendición, cuando vivimos a nuestra vez los principios nobles y generosos de la verdad.

¿No queremos, pues, practicar lo que nos procura justamente los mayores beneficios traídos por la verdad? El mismo proceso existe en el cuerpo del hombre, con la circulación de la sangre. La sangre circula en nuestras arterias y deposita en ellas la bendición, por medio del confortamiento que le dispensa.

Si la sangre, en el momento de separarse de las sustancias que alimentan la vida en el organismo, dijera: "No quiero desprenderme de mis sustancias nutritivas, porque regresaré de vacío al corazón y nada me quedará para mí propio sustento", entonces el circuito que hace que cada cosa subsista existiendo primero para el bien de otra, quedaría interrumpido. La sangre no puede abastecerse a sí misma, sino que nutre primero las arterias, las cuales, a su vez, la nutren a ella.

Con la organización del diablo en el mundo, los humanos van en sentido inverso a este circuito. Cuando vino el Señor Jesús a la tierra, puso de manifiesto el circuito de la verdad que produce la vida. Durante la edad del llamado celestial, él se ha escogido a un pequeño rebaño de personas que siguen en su estela.

Seguir a nuestro querido Salvador significa soportar al prójimo, morir en su favor, humillarnos por él para que sea elevado. Esta es la obra de Cristo. Al lado del pequeño rebaño se

forma el Ejército del Eterno que es su ayuda, feliz de sentirse bajo su protección y de poder esforzarse en ser legal, en santificar el Nombre del Eterno haciendo su voluntad.

He aquí el programa divino como el Señor lo vivió. Este programa es maravilloso, pues al seguirlo podemos cambiar totalmente de carácter, y desaparece el egoísmo de nuestro corazón. Si seguimos fielmente los principios de la verdad, es seguro que perderemos todo egoísmo, y el altruismo podrá desarrollarse en nuestra alma y procurar la bendición.

Esta la recibimos a proporción en que renunciamos a favor de otros. Las Escrituras dicen que lo que damos lo recibimos a cambio centuplicado. Es lo más natural, pues si no, ¿cómo podríamos seguir dando siempre, si no recibiéramos una compensación?

Así podemos darnos cuenta de la locura y de la estupidez del egoísmo. Sin embargo, el egoísmo es la palanca actual que mueve a la humanidad. Job dijo: "El hombre abominable bebe la iniquidad como agua". En efecto, se mueven en el pecado y en el egoísmo. Es a causa de este egoísmo que se necesitan policías, gendarmes, soldados, cárceles y todo el tinglado diabólico que existe en la tierra.

Cuando los humanos hayan dado los pasos en el circuito de la ley universal, no habrá más malhechores, y todas las instituciones diabólicas serán inútiles. En una sociedad altruista, un egoísta no puede subsistir, no sabe que hacer en ella, se siente incómodo y desarmado. El que quiera de todos modos satisfacer su egoísmo se destruirá a sí mismo con su manera de vivir; finalmente morirá sin que nadie lo haya castigado ni le hayan infligido una pena cualquiera. Es la historia del egoísta.

Son maravillosas ilustraciones para comprender el estado de nuestro corazón y ponernos al unísono con la ley del Eterno. Si prosperan nuestros hermanos o hermanas, más felices estamos, porque más avanza el Reino; es automático. Nunca se puede privar a un hijo de Dios. Si se intenta hacerlo, éste acepta la prueba, la cual le sirve de amable instrucción, seguida de una bendición cien veces superior a la prueba. Tenemos ejemplos de la fidelidad del Eterno en el antiguo pacto.

La historia de José y la de David son inefables instrucciones. Basta con ser fiel y escuchar la voz del Eterno que dice: "No temas ni desmayes, te ayudo". Lo enseña la Palabra divina, y toda obra para bien de los que aman a Dios. Nada puede contrarrestar sus planes; el que procura vivir el programa alcanzará su objetivo. Todo el mal que le quieran hacer se convertirá en fuente de bendición, pues esto

le dará una maravillosa ocasión de cambiar su carácter y venir a ser altruista, adquiriendo los sentimientos del Salvador.

Para un hijo de Dios, no hay por que desesperar ni sentir abatimiento. Si hemos faltado, conocemos el camino que lleva al trono del Eterno, y cómo hacer para recobrar la gracia divina. Es un inefable consuelo para nuestro corazón saber que el Señor no riñe, nunca retiene las faltas ni se acuerda de la maldad ni de todo lo que hemos hecho contra su Ley.

El Señor nunca castiga, pero nos castigamos al hacer el mal, al registrar impresiones que nos envenenan. El no nos condena, sino que constata nuestra impotencia para comprender la verdad y para dejarnos liberar por ella. Su espíritu no puede obrar en nuestro corazón si cometemos ilegalidades, porque lo alejamos con nuestra actitud.

Es necesario que seamos vigilantes, para no permitir que nuestro cerebro registre impresiones que estén en desacuerdo con el espíritu de Dios. Cuando se presenta una prueba, hemos de estar persuadidos de que es buena, puesto que ni un cabello nos cae sin el permiso de nuestro Padre celestial. La prueba es necesaria para quitar de nuestro corazón el orgullo, los celos, las disputas, las enemistades.

El orgullo nada vale, es un pelmazo molesto. David conocía los terribles efectos del orgullo, y dijo: "Me es bueno ser humillado". Cuanto más maleables somos, más fácil es. Pero si tenemos la cerviz como una barra de hierro, si no queremos doblegarnos bajo la amable prueba, vienen otras más duras; finalmente la presión es tan fuerte que nos doblegamos al sentir un intenso dolor. Pensamos: "¡Cuán estúpido he sido en rebelarme y resistir; de haber sido yo más dócil, la prueba habría sido más corta, y habría sufrido mucho menos".

La humillación no es tan terrible cuando hemos adquirido un poco la costumbre; por fin nos humillamos gustosos y amamos la humildad. Al principio la humillación nos repugna, como un becerro que llevan al matadero y que empujan para que ande. Pero con un poco de ejercicio acabamos por amar la ley del Eterno. Al principio amamos la verdad por sus ventajas, pero si se presenta un sacrificio nos enfiamos un poco, porque nos falta la fe.

Podemos contar con la bondad del Señor. Estamos seguros de que nada malo puede sucedernos, porque la vigilancia y la bondad del Eterno lo vuelve todo en bendición. Si estamos en la nota, nadie puede realmente privarnos, porque cuanto más traten de hacerlo, más lo volverá el Eterno en bendición. Ello hace en una medida muy superior a lo que puedan habernos quitado. Pues cuanto más nos combatan, más nos dará el Señor. Por tanto, ¿dónde está el mal?

Hemos podido constatar siempre que cuando renunciamos y hacemos lo que es recto y justo ante el Eterno, y somos legales, recibimos la bendición de una manera maravillosa. Cuando se presentan las pruebas, podemos recibir las amablemente y sacar de ellas toda la bendición. Esto nos procura mucho gozo.

Cuando tenemos el deseo de dejarnos santificar por la verdad, de recibir lo que el Señor puede darnos porque es legal, decimos: "El espíritu del Eterno está sobre mí, por cuanto me ha unguido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel."

Es esta una grandiosa obra. En el mundo ignoran estos inefables goces y la felicidad que

el Señor concede a su querido pueblo; pues desconocen estas cosas y no comprenden la felicidad que sentimos al seguir los caminos del Eterno. El nos procura la tranquilidad y la paz del corazón, una maravillosa familia que educa y desea santa, irreprochable, sin mancha ni defecto ni cosa semejante.

Esta sublime obra la hace el Señor a nuestro favor. Cuando esta familia empieza a desarrollar un poco la nobleza del carácter, es ya un testimonio de la gracia divina que ha podido obrar en los corazones, transformarlos, hacerlos amables, generosos y afectuosos, trayendo a otros el consuelo, la alegría y la felicidad. Entonces sentimos la verdad de las palabras del salmista que dicen: "¡Cuán agradable es que los hermanos habiten juntos en armonía... es la vida para la eternidad!"

Cuando están juntos los egoístas, buscando cada uno su ventaja, surgen dificultades, sufrimientos y decepciones; mientras que cuando se comprende el mecanismo que el Señor propone, se forma una maravillosa armonía, de la cual se irradia la bendición y el consuelo.

Es lo que debe manifestar el pueblo de Dios. Entonces las gentes dirán: "Subamos al monte del Eterno, a la Casa del Dios de Jacob, para que nos enseñe sus caminos y que andemos en sus sendas". Los seres humanos tienen el deseo de recibir esta sublime manifestación de la verdad; pero como lo hemos dicho, para ellos la verdad consiste en atraer el agua a su molino, en coger la mejor parte y en dejar que los demás se despabilen.

Qué gozo es conocer el maravilloso programa divino, tener una completa confianza y seguir perseverando. Escuchamos la voz alentadora del Eterno que dice: "No desmayes, estoy contigo". Si nos ofenden colmamos la brecha, y así alejamos poco a poco el mal. Cuanto más vivimos el programa, más se va el mal de nosotros, menos tenemos que sufrir, somos menos exigentes y más amables. El Señor puede entonces hacernos sentir todo su afecto y abundantes alegrías. He aquí el magnífico programa que tanto regocija nuestro corazón.

El amor todo lo cree, todo lo espera, no sospecha el mal; así estamos siempre animados, haciendo la voluntad de nuestro Padre celestial. Esto es lo que experimentamos y nos sentimos en gran manera regocijados, reconfortados y felices de estar al servicio del Mejor de los maestros. Sigamos fiel y pacientemente adelante, y un día recibiremos una bendición tan grandiosa que podremos confundir a todos los que no se conducen según estos buenos principios. Pues los egoístas que viven en la ilegalidad, recogen condenación, sufrimientos, decepciones y finalmente la muerte.

Los caminos del Eterno son maravillosamente bellos, nos hacen bien y nos regocijan. No buscamos la salvación como un avaro busca su tesoro; nuestro ideal es la cosa más sublime. Lo alcanzaremos con la ayuda del Señor que nos da el querer y el hacer según su beneplácito. Las dificultades están en nosotros, y van desapareciendo cuando nos ponemos dócilmente en las manos del Señor. Tan pronto como nos afectan menos las influencias ilegales, el diablo no pierde su tiempo con nosotros.

Por tanto, debemos esforzarnos en ser insensibles a las influencias demoníacas, y sensibles a las influencias divinas, de manera que la legalidad y la verdad ocupen en nuestro corazón el lugar de la mentira, de la ilegalidad y de todos los errores. Hemos podido descubrir que es un error sufrir y morir. Pero sufrir y morir por los

demás es un sacrificio que tiene valor, y es la misión del discípulo que da su vida a favor de la humanidad.

La altura, la anchura y la profundidad del amor de Dios nos son revelados en Jesús, que nos hace comprender toda la grandeza de Su obra. Esta se realizará, con nosotros o sin nosotros. Tan pronto como nos conducimos de una manera legal, registramos sus efectos; tenemos que sufrir menos, no sentimos envidias ni arrebatos, ni toda clase de pensamientos que asedian el cerebro, sugiriéndonos dudas, temores e inquietud del porvenir; nos volvemos más tranquilos en manos del Eterno, sentimos su divina protección y su bondad inefable, toda su ternura y su amor.

Entonces experimentamos toda la alegría de haber sido sacados de las tinieblas a la luz admirable de la gracia divina; podemos asociarnos cada vez más a la maravillosa obra de nuestro querido Salvador que consiste en establecer el Reino de la Justicia en la tierra cuando y como quiera; esta es nuestra alegría y la felicidad porque hemos aprendido a amarlo. Nos sentimos entusiasmados por los caminos del Eterno, admiramos y amamos su carácter. Por eso deploramos todas las veces que no estamos en la nota, por habernos dejado distraer por cosas que no son del Reino.

El punto vital que conviene tener siempre a la vista, es adquirir el glorioso carácter del Eterno, delicia de todos nuestros pensamientos, y que empezamos a conocer. "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre", el Eterno las ha revelado a los que le aman. Nadie puede quitárnoslas y viene a ser para nosotros un festín diario.

Es una felicidad inefable pensar que hoy podemos ser instrumentos que procuran el gozo, la felicidad, el consuelo, y que llegan a ser hijos queridos en quienes el Eterno ha puesto todo su afecto y a los cuales tanto desea honrar. Pero, para poder realizar este maravilloso ideal, es preciso que el corazón no esté continuamente ocupado con toda clase de pensamientos profanos, egoístas, personales que nos impiden comprender.

No hay muchos que de tan atraídos por el programa no se dejen distraer por nada; éstos no pierden su tiempo con pensamientos inútiles al Reino, van al punto esencial, lo que los llena de gozo y están en una constante alegría. Esto es lo que todos debemos procurar realizar, para ser hijos de consuelo, verdaderos estímulos, trayendo esperanza, para que el Señor pueda decir de su querido pequeño pueblo: "Estos son mis hijos muy amados en quienes tengo complacencia."



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Amamos la palabra de la verdad que es nuestro querido Salvador?
2. ¿Tenemos contacto con el Hijo muy amado de Dios y su alegría nos recuerda el deber?
3. ¿Queremos pasar de la desgracia a la felicidad, y la influencia de la gracia divina se hace sentir en nosotros?
4. ¿Somos conscientes de que para ser legales debemos santificarnos al Eterno?
5. ¿Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos?
6. ¿Somos conscientes de que amar a los que nos rodean es la legalidad y la vida?